

Anaquel de **Estudios Árabes**

ISSN: 1130-3964

<https://dx.doi.org/10.5209/anqe.79887>EDICIONES
COMPLUTENSE

ABDENNOUR BENANTAR (dir.), *Le Maghreb et la crise entre les monarchies du Golfe. Une neutralité positive*, París, L'Harmattan, 2021, 184 P.

Abdenmour Benantar coordina el volumen colectivo *Le Maghreb et la crise entre les monarchies du Golfe*, publicado por la editorial L'Harmattan. Muchos de los autores son expertos de sobrado renombre en el estudio del mundo árabe y llevan años reflexionando de forma conjunta e individual sobre las dinámicas que atraviesan e implican a los distintos actores estatales y no estatales a lo largo y ancho del mismo. El libro, como su propio nombre revela, analiza el impacto particular sobre el Magreb de la influencia creciente de algunos países del CCG en el mundo árabe en el periodo pos-2011, definido como uno de 'ebullición' y 'vacío de poder'. Este impacto, se concluye en numerosas secciones, es limitado, muy particularmente si lo comparamos con el contexto en otros países del Levante. A partir de un acontecimiento particular como es la crisis entre algunos de estos estados, definitivamente desatada en junio de 2017, que compara en términos de repercusión con la rivalidad entre monarquías y republicas en los años 1950-1970. Precisamente se considera que el final de la misma coincide con un momento clave para la conformación del rol regional de Arabia Saudí tras el embargo de 1973.

El libro se decanta abiertamente por un enfoque centrado en las relaciones bilaterales que intenta no dejar atrás la comprensión de las dinámicas supranacionales en el mundo árabe. Para esta última empresa resultan fundamentales dos capítulos escritos por el propio Benantar y una contribución de Fatiha Dazl-Heni. Estos primeros capítulos ponen el foco en el carácter multidimensional de una política exterior más intensa por parte de los Estados del Golfo en el periodo posterior a 2011, en numerosos ámbitos y a través de distintos mecanismos. Es por ello que la política exterior y ejercicio de la influencia de los principales países involucrados fueron determinantes tanto para el estallido del conflicto en 2017 (sin obviar los precedentes de la misma) como para su desarrollo. En lo que al Magreb respecta, la dimensión fundamental de la rivalidad pareció ser la que gira en torno al papel del islam político en las respectivas arenas políticas, tanto en contextos donde ha existido transición democrática como en los que no. Consciente de la profundidad que los mecanismos analizados ha alcanzado a nivel regional, el volumen concluye con un tono optimista con respecto a la reconciliación de 2021 y sus efectos sobre una mayor cooperación, o al menos menor conflictividad, a lo largo y ancho del mundo árabe.

Sobre la base de casos de estudio a lo largo de los que se pone de relieve la importancia que para la investigación tiene centrarse en las particularidades locales, los capítulos intentan entender cómo han reaccionado distintos países del Magreb a la crisis y acontecimientos regionales con ella relacionados, y sobre la base de qué consideraciones. Uno de los aspectos que el libro deja claro es que, al igual que ocurre en relación con tantos otros dossiers, los países del Magreb no han logrado -quién sabe si intentado- formular una postura común frente a las diferentes dinámi-

cas provenientes del Golfo árabe. El aspecto positivo es que la neutralidad que han logrado alcanzar ha impedido que la crisis intra-Golfo se convierta en una fuente adicional de tensión para el Magreb. Se llega incluso a afirmar que otra consecuencia positiva habría sido limitar la rivalidad entre los países del Golfo, gracias a que no intensificaron sus esfuerzos de doblegar la resistencia de los países del Magreb a decantarse por uno u otro ‘rival’.

El subtítulo es precisamente ‘Une neutralité positive’, concepto en torno al cual se pretende que gire el grueso del libro, presentado como un éxito considerable -aunque quizás más tenue de cara al futuro de lo que se podría pensar- para el Magreb a lo largo de estos últimos años. Esta es la postura preferida por diferentes motivos, se explica, por Argelia, Marruecos y Túnez, que han logrado articular una particular autonomía estratégica sui generis respecto de la crisis intra-Golfo, y dejar patente así un alto nivel de resiliencia. Mientras, Mauritania y el Este libio han defendido el campo liderado por Arabia Saudí. Esta neutralidad positiva, favorecida en cierto modo por la distancia geográfica, pero también por la desconfianza que habrían despertado actitudes en extremo asertivas por parte del Golfo, ha representado un considerable reto para los países concernidos, pero también ha contribuido a que la subregión se haya blindado durante años, si sólo de forma relativa, de la intensidad de los cambios en sus territorios vecinos.

Un capítulo destacado, por su detalle y enfoque global, es el de Miguel Hernando de Larramendi y David Hernández Martínez, con el título “La ‘neutralité positive’ du Maroc face au blocus contre la Qatar: une stratégie réussie”. El texto subraya la importancia del apoyo del Golfo a la monarquía, percibida como un factor de estabilización y un modelo adecuado de respuesta a las movilizaciones sociales, en 2011. Aunque este sostén fue entendido en torno a la llamada ‘excepción monárquica’, es necesario tener en cuenta un componente geoestratégico claro, como es el de la posición privilegiada de Marruecos como aliado comercial, pero también en otros ámbitos, tanto con Europa como con África Subsahariana. Las relaciones entre Rabat y varios países del Golfo crecieron exponencialmente, muy particularmente en términos de ayuda y de inversiones, una dinámica de doble cara constante para la economía política del CCG. El capítulo deja claro que, en el caso de la política exterior de Marruecos y la propia estabilidad del régimen, un factor clave determinante lo representa la dependencia externa en relación con la cuestión del Sáhara Occidental. Esta dependencia se vio pronunciada cuando el país necesitaba de la llamada ‘comunidad internacional’ para aceptar su plan de autonomía con respecto al territorio colonizado, de la mano de un nuevo direccionamiento de su estrategia exterior, más asertiva y diversificada. Estos últimos meses han hecho públicos los esfuerzos de acercamiento en relación con este dossier tanto en lo que se refiere a Estados Unidos como a Israel.

Cuando las diferencias en el seno del CCG dejaron claro que las políticas exteriores de algunos de estos países también reproducirían las aristas del conflicto, la diplomacia marroquí prefirió la ‘neutralidad positiva’ o ‘constructiva’, esto es, mantener relaciones equilibradas con sus distintos aliados. Rabat ya había dejado clara su aspiración de mantenerse neutral en 2014; la reafirmó en 2017, a la luz de que no podía permitirse ver erosionado su margen de maniobra y autonomía en un contexto de fragilidad más allá de sus fronteras. Esta neutralidad -erigida sobre los ejes de equidistancia y no-alineamiento- no implicó en ningún momento desentendimiento, y la monarquía dejó clara su solidaridad en materia de seguridad tanto en términos

discursivos como prácticos, además de su voluntad de mantener abiertos los canales de comunicación con todos los implicados. Tal y como señalan los autores, las opiniones públicas respectivas en ningún momento representarían un obstáculo en uno u otro sentido, uno de los símbolos destacados del triunfo -al menos momentáneo- de la ola contrarrevolucionaria pos-2011. A pesar de que la neutralidad preferida por Rabat llevara en un primer momento a un enfriamiento de las relaciones bilaterales con Emiratos Árabes Unidos y Arabia Saudí, el apoyo de estos regímenes resultó determinante, tanto en el pasado como en años recientes. Los líderes del eje anti-qatarí hicieron patente su insatisfacción, pero esta no llegó a transpirar a dimensiones clave de los vínculos bilaterales, muy particularmente las económicas. Cuando Arabia Saudí decidió poner en obra una estrategia de reducción de tensiones regionales, Marruecos fue uno de los primeros beneficiados. El éxito de la diplomacia marroquí se demostró doble cuando Donald Trump reconoció, tuit mediante, la soberanía del país sobre el Sahara Occidental.

En el caso de Argelia, es Cherif Dris quien expone las particularidades del caso en el capítulo “L’Algérie face à la crise entre les monarchies du Golfe: déterminants d’une position ‘équilibrée’”. En línea con algunos aspectos clásicos de su política exterior, el país se ha mantenido fiel al principio de no interferencia frente a la crisis del Golfo, consciente de los peligros de irritar a cualquiera de los dos ejes implicados. Un factor de posibilidad lo ha representado un mayor margen de maniobra que le otorga su condición de Estado rentista: tanto los flujos financieros limitados provenientes del eje Arabia Saudí-EAU como la postura de este último en el contexto libio han permitido que Argel se muestre pragmático y no niegue apoyos puntuales a favor de la postura qatarí. El autor arroja luz sobre una realidad del contexto pos-2011: aunque las presiones inmediatas puedan empujar al posicionamiento parcial, son varios los países que han aprendido la lección del valor añadido del pragmatismo y la neutralidad calculada.

Youssef Cherif, volcado desde hace años en observar esta especificidad cambiante de la región, firma el capítulo dedicado a Túnez, “La Tunisie face à la crise entre les monarchies du Golfe”. Al contrario que ocurrió con sus vecinos, el país se encontraba en una situación de marcada fragilidad: difícilmente autónomo más necesidad de mantener la transición. Aun así, logró articular una postura de neutralidad positiva y, además, evitar los efectos desestabilizadores de la crisis intra-Golfo. La neutralidad, de nuevo, no significa alejamiento, y ha sido frecuente el recurso al apoyo externo por parte de actores tunecinos, que concierne desde los medios hasta el apoyo material. En este caso, el país también se ha apuntado tantos. Como indica el autor, el país aún así se mantuvo frágil – aunque no abordado por el capítulo, esto explica en gran parte la deriva del país tras los acontecimientos de julio de 2021, apoyada por Emiratos Árabes Unidos.

El caso de Libia refleja cómo el vacío de poder y la fragmentación política han representado poderosos alicientes para el ejercicio de influencia de actores externos, incluso más allá del mundo árabe. Entendemos, de la mano de Saïd Haddad en “Les monarchies du Golfe et le conflit libyen” cómo el país era, cuando estalló el conflicto intra-Golfo en 2017, demasiado débil como para resistirse a las injerencias y guerras por delegación que éste último representaba, que ya habían sentado en el país fragmentado sus bases a partir de 2014. La neutralidad era, en este caso, imposible.

No son suficientes los análisis que en referencia a las relaciones Golfo-Magreb incluyen a Mauritania, motivo por el cual se agradece enormemente la inclusión del

capítulo de Benjamin Augé “Relations Mauritanie-pays du Golfe: alignement et contradictions”. La fidelidad que la política exterior del país ha mantenido vis-à-vis Arabia Saudí determinó casi irremediamente su alineamiento con el eje formado por el país y EAU. No obstante, el cambio político de julio de 2019 apuntó hacia la necesidad de una mayor, pero delicada, autonomía, muy particularmente con relación a *dossiers* sensibles como el de Libia, o incluso el de la guerra civil en Siria.

El último caso de estudio corresponde al capítulo “Projection de la dissension: le Golfe dans les crises sahélo-sahariennes” de Salim Chena. En el caso del Sahel, un territorio de difícil definición en el que han interactuado durante años y décadas influencia política y religiosa, la subregión parece no haber logrado contagiarse de la ‘impermeabilidad’ que ha imperado en el Magreb. Es así que los países del Golfo han logrado traducir sus tensiones en distintas formas sobre este territorio, lo que el autor denomina ‘proyección del disenso’ como exportación de la inestabilidad en forma principalmente de enfrentamientos por delegación. Esta rivalidad se conjuga, por si esto fuera poco, con la argelino-marroquí, con la amenaza que esto conlleva para un contexto ya en plena ebullición.

En línea con lo que denunció Edward Said en referencia a su ‘Orientalismo’ y sobre los estudios académicos en torno a Oriente Próximo y el Norte de África, se echa en falta la centralidad de un verdadero marco teórico, muy particularmente la ausencia de perspectivas críticas de relaciones internacionales y economía política que, hoy por hoy, contribuyen a una mejor y más profunda comprensión de las dinámicas regionales en su conjunto. Las segundas arrojan luz sobre la necesidad de cuestionar las interpretaciones clásicas del Estado rentista que tanto han influenciado el estudio del Golfo y arrojan insuficiencias a la hora de entender las realidades que estos Estados han ido estructurando, a través de procesos multidimensionales de acumulación de capital, desde el punto de vista material. Las primeras cuestionan enfoques racionalistas aplicados al análisis de las posturas y desempeños estatales, y proponen perspectivas pos-positivistas para dilucidar cuáles son sus intereses desde el punto de vista ideacional, muy particularmente en lo que a su seguridad ontológica respecta.

Otro punto a resaltar es, quizás, una exagerada insistencia en el concepto de ‘hegemonía’, de la que adolecen un importante número de estudios sobre el mundo árabe en su conjunto, sobre todo en lo que al enfrentamiento entre países que se reclaman potencias respecta. La crisis intra-Golfo es definida por el libro, al igual que otros autores hacen con la ‘Nueva Guerra Fría de Oriente Próximo’ como una por la ‘hegemonía’, sin tener en cuenta en ningún momento que la hegemonía gramsciana designa un momento en que un actor particular va más allá de sus intereses particulares para universalizar su proyecto y crea consenso entre otras fuerzas y actores subalternos. Ninguno de estos apuntes resta relevancia a los dos argumentos principales que apoyan el carácter necesario de este libro: la rabiosa actualidad de la temática, que seguramente se mantendrá a lo largo de los próximos años a medida que la mayoría de los actores mencionados fortifica su posición en el continente africano, y la calidad y *finesse* de los análisis recopilados.

Itxaso Domínguez de Olazábal
Universidad Carlos III